

Coreta

Ana Monzón

LLEVO VEINTE AÑOS HUYENDO DE MI PAÍS. ZETO CAGÓ UNA TREMENDA MALA suerte la mañana en que se subió a hacer caca encima de la mata de aguacates en la finca Las Delicias. Después me dio a beber su propia orina para rematarme. Atravesé la isla hasta llegar a otra isla más grande donde mi minúscula isla es llamada Kiuva.

Anoche abrí la puerta de la calle y puse el teléfono rojo sobre la nieve. No me sirvió de nada. Escuché su timbre helado y no pude evitar salir tiritando a contestarlo. Una mujer sollozaba a gritos del otro lado de la línea. Creo que era una vieja amiga perdida en otro país. Pensé que qué bueno que no habló nada porque no puedo ayudarla. Cojeando con mis muletas plásticas regresé a la casa. No quedaba comida para mí. Todo el pasillo olía a cigarrillos Gitanes y el humo era más tóxico que la niebla.

Tres perros ingleses brincaron ladrándole a mi miedo. Iban acompañados de dos policías clandestinos. Olfatearon el humo y huyeron desmadejados. No encontraron la prenda que Zeto había robado. Yo sabía que no encontrarían nada. Se me había caído en el inodoro victoriano la tarde anterior. Ahora estaría a buen recaudo en el fondo del río Támesis junto a otras joyas.

Ya estoy acostumbrada a robar y a que me roben. Nunca recupero estas bagatelas. Las transporto por gusto de un país a otro. Mi equipaje se ha reducido al mínimo. Llevo los libros confundidos dentro de mi cabeza y pasado un tiempo me voy con mi música para otra parte. Si puedo, cargo algunos caracoles en los bolsillos. Compró un cenicero que después se rompe. Todo lo que me regalan lo meto en bolsas de basura y lo dono a los niños yugoslavos. En definitiva, ellos están peor que nosotros. Lo que Zeto no soporta es el aburrimiento. El tener que recitar en otra lengua cuando lo único que él quiere es sacarle la lengua a todo el mundo. A los poetas ingleses, a las pomposas películas de Greenaway, a las viejas que se conducen como Miss Marple, a otras minorías étnicas que lo empujan en la calle. No quiere ir a los museos ni ver más valiosas obras de arte. La reina, los príncipes y toda la corte lo tienen sin cuidado. Para él la vida es una carga al machete. Nada mejor que no hacer nada y después descansar. Siempre habrá tiempo para planear el próximo combate.

Zeta es otra cosa. No da ningún trabajo. No tiene a nadie a quien coquetearle, de lo que yo me alegro. Su putería le hizo perder uno de sus enormes dientes delanteros y su hambre milenaria la ha obligado a convertirse en una cocinera especialista en comidas mediterráneas. Por años, su única obsesión fue recuperar el diente. Se ha quejado a dentistas brasileños, cubanos, panameños, por el desmedido tamaño de su diente izquierdo. Tuvo al fin que callarse cuando le tocó Mr. Brown. So sorry —le dijo. Y le viró la espalda. El so sorry inglés es una barrera inexpugnable. Es el equivalente a no comas tanta mierda.

Cuando tocó la puerta la mujer con cara de lagarto, para preguntarnos si acaso creemos en absolutos, Zeta le contestó que no, porque ella era una artista. Corta el jamón con tijeritas y dibuja corazones en los hongos envenenándolos con crema agria. Decora sus platos con tulipanes robados y espejos de colores. ¿Es una artista o una glotona?, me pregunto. Al no quedarle qué comer mastica papel higiénico para humillarme con sus dientes de conejo insomne. Hace preguntas absurdas: ¿Dónde está el azul si la luna está aquí? El azul se quedó en el mar que ya no tenemos —le digo. Chúpate una pastilla de valeriana. Mastúrbate. Duérmete. Déjame sola.

Necesito practicar cómo cruzar la calle con mis muletas. Look right. Nunca sé si estoy lo suficientemente derecha. Qué tranquilidad que nadie me conoce. Soy una antiheroína anónima. No me han recordado que hoy es el natalicio del Apóstol. ¿Por qué no logro olvidarlo? Total, no tengo que comprarle un regalo por su cumpleaños. ¿Qué podría regalarle? Ya sé. Mi amigo sincero. No, qué va. ¿Y yo con quién me quedo?

Sí, soy Coreta. Ni siquiera tengo dinero para comprarme unas botas ortopédicas. He de conservar limpia a Britania. Keep Britain tidy. Una botella de vino y un paquete de Gitanes. Soy la happy shopper. Quisiera que me creciera una papada. Eso sería sin lugar a dudas un verdadero símbolo de madurez. Así podría abrir la boca y esconderme. Tragarme mi cabeza.

Todo este esfuerzo descomunal, esta batalla con el transporte público más caro de Europa es sólo para ver al Dr. Quacker. En nuestro último encuentro hablamos del estado del tiempo. Entre una cosa y otra me sugirió la necesidad de una nueva emigración. Hacia las costas españolas. Como la mayoría de los psiquiatras, es un gran simulador. Se cree que habla español. El pobre. Salí de la consulta sintiéndome más incomprendida que nunca. Tic tac toc. Mis muletas caminan a paso de guaguancó. Quise explicarle infructuosamente al Dr. Quacker lo brava que se ha puesto conmigo la Virgen de la Caridad del Cobre, la santa patrona de Cuba. Ya no me soporta. Se me apareció el primero de enero en el botecito de siempre flotando con sus humildes pescadores en el mar art decó de South Miami Beach. Yo sé que he quedado muy mal con ella. Es mi culpa por haberle prometido una iglesia en Londres.

Cuánto he tratado de negociar esta promesa. Sólo yo lo sé. Esta vez le dije que quizás este año podría. Va a ser un poquitico chiquitica —le digo—. No hay respuesta. ¿Será que la quiere grande? ¿En Islington? No. ¿En South Kensington? ¿En Brixton? ¿Que no? ¿Que hay muchos negros? ¿Que a lo mejor hay un riot este año? ¿Que la van a quemar? ¿Pero es que no entiendes lo difícil de

mi misión? ¿Cómo convencer a la Iglesia Anglicana? ¿Al Parlamento? No, en el mar no. No empecemos de nuevo con eso. Tú sabes que esta ciudad no tiene orillas. ¿No te gusta el río? Ah, sí, hay mucha contaminación. Bueno, vamos a quedar para vernos. ¿El año que viene? ¿En dos años? Déjame ver cómo me las arreglo. Sí, gracias y tú. Que estés bien.

Ya salí de eso. Ahora el problema es con Sidharta Gotama. Ha demostrado ser más paciente. Él no está en eso de presionarlo a uno. Yo sé que está molesto también, pero qué le voy a hacer. No puedo más. Sé que no debía haberlo hecho pero lo hice. Cambié mi mantra. Para la palabra huevo. Egg. Que no quiere más huevo. Sí, ya sé. Que tiene el colesterol en siete. Que con el siete no se juega. Que es el misterio pitagórico. ¿Que soy una falta de respeto? Sí, chico, sí. Si eso todo el mundo lo sabe. ¿No ves lo desesperada que estoy? ¿Que espere la otra? ¿Que viene mejor? Estoy cansada de esperar. Sí, bueno. ¿En cuál país me toca reencarnar? ¿Que voy para el Tercer Mundo? Chico, ¿pero tú estás loco? ¿Ghana? Estás equivocado, yo para allá no voy. ¿Pero es que no puedo escoger? ¿Es lo que me toque? Sí, sí, gracias. Ten cuidado, no sigas engordando. Te vas a convertir en un cubanazo. Cabrón. Con esa barriga de cerveza. Cómo se atreve.

Creo que la única esquizofrénica que el Dr. Quacker ha conocido ha sido Olivia de Havilland. Quiere que le explique cómo fue que esto empezó. Él no sabía que en Cuba hay esquizofrénicos. Tampoco sabía que hay white caribbeans. Cree que soy la dueña de la plantación. Una leyenda antillana. Por supuesto que tengo un hermano gemelo. ¿Cómo lo adivinó? ¿Dónde vive? En un laboratorio del Centro Bostoniano de Estudios Cubanos. Murió, sí, gracias, doné sus órganos. En realidad los vendí en el mercado negro. No debo confesarlo. No es el momento. Creo que Zeta se está enamorando de él. Se parece a John Lennon. ¿Por qué me hago la minusválida? Porque esta ciudad me ha maltratado mucho. No vamos a discutir eso. Es una cuestión de derechos humanos. De libre albedrío. De picaresca. De individualismo. Del Lazarillo de Tormes. De Babalú Ayé. No, eso no lo va a entender. San Lázaro. Suena francés. Lazarus. Es que tengo una tía abuela francesa. Betancourt. Eso lo explica todo.

¿Y usted no ha pensado en tener hijos? No puedo —le digo—. ¿Es un psiquiatra o un ginecólogo? No ve que soy estéril —le grito—. ¿Pero quién se lo dijo? Mi abuela en su lecho de muerte. Además, tengo que cuidar a Zeto y Zeta. No sabe que Zeto y Zeta no han crecido nada. Que son una responsabilidad muy grande. Que cada día se quitan más años. Que yo solamente crezco cuando sueño. Pero usted es muy joven —me dice—. No sabe lo vieja, lo viejísima que soy. La poca sabiduría que tengo. Mi ingenuidad. Mi torpeza. Mi mortificación. Mi uretra está tan desviada como mi conciencia. Mi riñón lleno de cicatrices y de pecas de tanto sol que ha cogido. De tanto calor.

Dr. Quacker, por favor, hace veinte años que no duermo —le digo en un tono conciliador. Urgentísimo. ¿No ha probado a tomar café descafeinado?— me dice. Qué trabajo cuesta conseguir una pastillita en este país.

Si al menos estuviera aquí mi amigo Percivalin. Él fue capaz de robar para mí la única pastilla de LSD que existía en Cuba. Estaba en una bóveda secreta

en la torre más alta del Comité Central. Me fue administrada intrauterinamente, incrustada en una de mis trompas de Falopio. Percivalin trabajaba entonces para la Seguridad del Estado. Yo fui su conejillo de Indias. Gracias a mí pudo completar los tres volúmenes de su libro «El Socialismo y las niñas en el Parque». No pudo medir el tamaño de bola de su envolvencia y fue cayendo irremisible, su vacío se vio repleto nuevamente. Demasiado repleto. Aplastado.

¿Dónde está Roberto? —me pregunta Zeto con su voz de pito—. Sabes que no he logrado descubrir el país en que está. No, no puedo llamar al Directorio Internacional. Ya llamamos ayer. No, no está en Argentina. ¿Qué crees, que se fue a Calcuta? Son ideas que te haces. ¿Que quieres otras botas Dr. Martens? Tienes unas verdes. ¿Que las quieres rojas? Tíñelas. ¿Queso crema? No, que después no comes nada. ¿Hasta cuándo tú crees que nos vamos a seguir vistiendo así? Me estoy empezando a ver un poco ridícula.

Dr. Quacker, voy a tenerme que ir. Es que Zeto tiene hambre. ¿Y cuál es la orientación sexual de Zeto? Bueno, él se leyó «La Mujer Frígida» a los diez años. Creo que es un pervertido sexual. Un pedófilo. No podría catalogarlo. Es muy difícil. Sigue enamorado de la misma persona desde hace cuarenta años. Qué romanticismo —dice el Dr. Quacker guiñándole un ojo a Zeta—. Zeta le está haciendo la miradita. Que haga lo que le dé la gana con tal de que resuelva un valium. Sabes que puedes venir cuando quieras —me dice el Dr. Quacker—. Perfecto. Ya está flechado. Gracias, Zeta.

Zeto quiere que su cumpleaños llegue pronto. Él pertenece a ese tipo de cubano que ha olvidado dar las gracias. Sólo atina a decir dame más. Dr. Quacker insiste en que recordemos si es que podemos. Pero tengo la impresión de que cada día que pasa olvidamos un poco más. Mientras yo insisto en hablar de mis sueños en la mañana, Zeto habla de su caca. Zeta se toca el cuerpo compulsivamente tratando de hallar las cicatrices que ha dejado la noche. Dice que el ombligo se le está cerrando y que el clítoris se le está cayendo. Toma muchísimas aspirinas para evitar que el corazón se le salga por la boca. A duras penas puede descifrar el mapa de la ciudad de Londres. Ha perdido totalmente el sentido de la orientación. Camina siempre hacia el sur sin importarle donde lleguemos. Busca la dirección de los hombres que ha amado en el diccionario de sinónimos. Quiere llegar a la calle Pasión y Sello entre Disimulo y Hierba buena. Cuando dobla es para la izquierda. Si encuentra una glorietta paramos a merendar compota de frutas. Nunca le saben bien. Quiere encontrar el sabor de la compota rusa de ciruelas que le fue enviada por la Academia de Ciencias de la URSS. Suspira constantemente creyéndose enamorada sin saber de quién.

Recuerdo a mi madrina Pena Marina. El gusto que me daba cuando dormía con ella. Con los fondillos pegados en posición fetal. La tristeza cuando se fue para Miami. Sus cartas me enseñaron el valor de los puntos suspensivos en la narración epistolar. El Dr. Quacker quiere que me convierta en la cronista de mi vida. ¿Usted no sabe, Dr. Quacker, en qué estaba pensando? Celi-mar. Debe ser algo que he perdido.

No todos reaccionan de la misma manera al ser abandonados. Nijinsky volvió a Rusia para que vieran lo bello que se conservaba. Con todos sus dientes,

bastante grandes por cierto, y sin espejuelos. Yo sé que a ti te quedan pocos dientes y que usas dos tipos de espejuelos, unos para leer y otros para vivir.

Ha sido el Dr. Quacker el que me ha pedido que no rompa definitivamente mis relaciones contigo. Pero yo sé que nunca poseeré la fuerza de volverte a ver. Tu sol golpea demasiado fuerte mi nariz. Y con tu dulzura, con tu aparente displicencia me has castigado. Ya no te quiero. Tu sensualidad esconde una impotencia bárbara. Me has fastidiado con tus arenas. No hay cosa más tortuosa que tu tropicalísima indecencia. Para qué hablarte de lo peor. Lo que más me molesta. El espantoso torrente de maternidad, el lecho de tu mar. No, no quiero llorar en tu lecho. No quiero oír más la cantinela de tus vientos. Tus mareas. No me obligues a escuchar más tu música. No me vas a engañar. Tú no eres más Cuba. No te importe que te odie si tú no me quieres ya. La violenta paciencia con que has acomodado tus escombros para hacernos creer que estás sufriendo en silencio tu derrota. No me hieras más con la visión de tu ciudad violada y sucia. No quiero saber ni un solo detalle más de tu martirio. Sí, porque te amo y te odio a la vez y me muerdo por ti.

No puedo mandarte más dinero. No me asfixies con la nicotina de tus dedos. Me repugnas. ¿Por qué no te rebelas? ¿O es que te estás matando? Vamos a ver cuál de nosotras muere primero. No, no me amenaces con tu lástima de puta vieja. Tú no eres ni mi madre ni mi mejor amiga. No sé cuál nacionalidad va a lograr en mí el definitivo olvido de tu risa. Cuál idioma he de aprender a hablar para perder el recuerdo de tu fragancia. Cómo he de caminar para que no se reconozcan mis caderas. No soy ni oriunda ni natural ni originaria de tu cielo.

No te me hagas más la boba. Bastantes amigos se están muriendo por tu culpa. Has abusado de nuestra esperanza. Por veinte años he vivido pendiente de tus cartas. Has sido infectada por todas las enfermedades del planeta. Tu hígado, tu corazón, tus ojos han devorado virus y detritus. No hay medicina que pueda curar tus perniciosas ansias. No quiero ser enterrada en tu tierra seca. Ódiame, de verdad yo te lo pido. Tú, la insoportable, la neurótica, la bella. Tú, la sola, la única.

Nací al principio de la noche de un parto demasiado largo. A mi madre tuvieron que cortarle un hueso para que, después de once horas titubeando, sacara finalmente mi cabeza. Mi enorme cabeza de hidrocefálica. Fui una niña rica y mala hasta que la Revolución triunfó y me lo hizo saber rápidamente. Crecí entonces menos rica pero he seguido siendo mala. Por lo que deduzco que ya es irremediable. Creía que todas las mujeres en Inglaterra poseían el título de Ladies y los hombres el de Sir. Eran para mí las damas y los caballeros sentados alrededor de una gran mesa redonda, que a las cinco de la tarde tomaban té acompañado de minúsculos bocadillos de pepino. Pero ahora que vivo aquí he comprobado que el país en realidad está lleno de adventistas cuya preferencia en la vida son las totas blancas. Los bollitos rubios. Los coñitos albinos. Este grupo religioso me amenaza cada vez que pongo un pie en la calle. Pregonan su obscena inclinación a los cuatro vientos. Son capaces de todo por la obtención de sus partes favoritas. Están enfermos

por la posesión de ese lugar privado. Diseminados por la brumosa ciudad, disfrazados de barrenderos de colegios de niñas, de vendedores de pastelitos jamaicanos, de respetables medidores de la electricidad, de obstinados agentes del orden público. Y yo que pensaba que eran solamente los hombres cubanos los que habían creado esta agrupación depredadora basada en un singular pensamiento fijo. No, Dr. Quacker, esto no es paranoia. Es una lucidez abrumadora. Es la tragedia de la ubicuidad.

Son veinte años tratando de entender cómo es que se hacen las maracas, de interpretar de dónde son los cantantes. Estoy sólo tratando de explicarle el origen de tanto patetismo. Por supuesto que sé que nada de esto tiene que ver con Britania. Pero el papel de Britania es el de colaboracionista.

La clase obrera no me deja concentrarme. Están reconstruyendo la ciudad. Una ciudad que no reconoceré cuando despierte. ¿Me despertará un príncipe o un inglés gritando frases incomprensibles colgado de un andamio? Han colocado una cortina de asbestos para dividir el día de la noche. Si la traspaso moriré. Aspiraré los polvitos fatales y perderé el conocimiento. No puedo avanzar un paso más. No es mi territorio.

Todo el mundo está bravo conmigo. El banco, los pocos amigos que me quedan. El hindú de la tienda de la esquina está tan disgustado que no me da jabita. El banco no entiende ni la mitad de mis transacciones. Dicen que Yaya-bo no camina más. Aé, eá. La única manera de conseguir una pastillita para dormir es cometiendo un crimen. En la cárcel de mujeres las reparten gratis a las siete de la noche.

Hay un resplandor por todas partes. Con un poco de imaginación podría llamarlo sol. He empezado a desarrollar un sentimiento del paisaje. Pero el único mapa en mi memoria es el que me conduce a Celimar. El camino de mi niñez. La eterna playa de mi vida. En el camino de su vida triste halló una flor. Me ha llegado por correo el mapa de las pilas y fuentes públicas en la ciudad de La Habana en 1841. La #21 es la casa de mujeres recogidas. Si avanzo hasta la 17, llegaré a tiempo de tomar agua en el Oratorio de San Felipe. Me bañaré en las 4 pilas del Mercado del Cristo y seguiré rumbo a la puerta de Monserrate.

Sólo de mirar a Jean Paul Belmondo tan viejo y tan arrugado, me dan ganas de llorar. Es como si fuera parte de mi núcleo familiar. Soy Cosette, la hija de Jean Valjean. La fidelidad empieza a parecerme una forma de heroísmo. Me he mantenido leal a los principios del haz lo que te dé la gana del cariño. El relajo organizado de mi psiquis gelatinosa. Mi padre Jean Valjean abusó de mí con su dulzura de benadrilina expectorante. Es por eso que puedo llegar a amar con estertores de tuberculosa.

El Dr. Quacker cree que es importante la teoría del regreso al país donde la gente solamente piensa en comida. ¿Qué vamos a comer hoy? Déjame revisar el menú. ¿Qué día es hoy? Miércoles. Hoy toca pan con mierda, guayaba no. El Dr. Quacker dice que miento constantemente. Que no es cierto que mi padre fue a la prisión del Castillo del Morro por robarse un candelabro de plata. Que no fue perseguido insaciablemente por un inglés de nombre Charles Laughton. Que tampoco es verdad que fui conducida y escondida en el

Convento de Santa Clara cuando aún no había cumplido los siete años de edad. El Dr. Quacker me ha amenazado con hipnotizarme mientras mantiene amarrado a mi brazo un detector de mentiras. Nunca llegará a conocer la verdad. La mortal evidencia se le deslizará de entre los dedos.

¿Y su madre? ¿Qué puede decirme de su madre? Mi madre era una profesora de español que quedó coja por culpa mía. Era una alcohólica que deambulaba por los bares del puerto de La Habana buscando a Mr. Goodbar. Mi madre era Eva, una sirena leprosa devota de san Juan Bosco. Mi madre era la buena, la perfecta, la directora de la escuela.

Fui el primer experimento *in vitro* en los años 50. Nací en una urna de cristal. Fui una criatura embalsamada que creció en una vidriera. Me amaron y protegieron tanto que sólo de recordarlo soy capaz de vomitar caramelo. Hasta mis más tenebrosas pesadillas son empalagosas. Viví en el oasis del sirope pedagógico. Mi única alternativa fue convertirme en una niña monstruosa e insondable.

Dr. Quacker, estoy cada vez peor. Tengo terribles alucinaciones. Por la mañana y por la noche. Ayer vi claramente cómo un hombre me fusilaba con un rifle AK. Estaba subido en el edificio Freemans y me apuntaba cuidadosamente. Yo subí los brazos y le supliqué que por su madre terminara de una vez. Oí la detonación y caí fulminada. ¿Tiene alguna idea de quién es? ¿Lo pudo identificar? ¿Lo conoce? No lo conozco pero no me cabe duda de quién es. Llevaba botas de vaquero y un traje safari: se trata del ataché cultural de la embajada cubana. ¿Cómo está tan segura? Es que pude ver cuando se le cayó del bolsillo el paquete de cigarrillos Populares, además de eso hizo un gesto muy feo. ¿Qué tipo de gesto? No estoy segura de poderárselo decir, era algo obsceno. Haga un esfuerzo, por favor, es importante llegar al fondo de este problema. Bueno, se puso la mano derecha en la portañuela y se rascó los huevos. Pero eso es un gesto natural, seguro que tiene alergia. Pero que requetecomemierdas son los ingleses, caballero. Dr. Quacker, si usted persiste en justificar mis alucinaciones no voy a poder contarle el resto. Es que no le he dicho todo. Después recibí una llamada telefónica. Ah, otra llamada, qué interesante. Fue una llamada maliciosa, grosera, y sé bien que era él. Bueno, en este caso debe de haber sido muy difícil de identificar, se trata de una alucinación auditiva. Fue facilísimo de identificar, Dr. Quacker. Me dijo claramente: vete a singal.

Ya sé lo que deberemos hacer ahora mismo, Coreta, vamos a llamar a British Telecom y a denunciar la llamada. Dr. Quacker, pero usted no se da cuenta de que eso no servirá de nada, están por todas partes y tienen telefonitos inalámbricos para realizar sus fechorías. Si no me cree voy a empezar a llorar. No, no, eso sí que no, Coreta, en Inglaterra está prohibido llorar, éste es un país donde la gente no llora, hay que tener coraje, hay que ser valiente, hay que recordar la Segunda Guerra Mundial, así fue como liberamos a Europa de Hitler.

No, en Britania no se llora. Los llorones son mirados con desprecio. Con mucha dificultad he sobrevivido a la sesión de psicoterapia que el Dr. Quacker ha organizado para el día de hoy. Intenté darme a la fuga, interrumpirlo, sin éxito. Me ha hecho mirar 55 documentales sobre la Primera y la Segunda Guerra

Mundial. Sobre las batallas navales, aéreas, los más eficientes espías, la invención de la tarjeta de racionamiento, la evacuación de las escuelas, la fabricación de armamento, las maniobras en Normandía, el desembarco. Finalmente, llegamos perturbados y exhaustos al día de la victoria. Comparando todas estas desventuras logísticas, los sucesos en mi pequeña isla carecen de importancia. Abandoné la consulta en un estado de emigración íntima. Mi alma es una pequeña matriuska rusa que abro desconcertada. Una gran emigración dentro de un traslado dentro de un abandono dentro de un desplazamiento. Encuentro un último desencuentro y en el medio, el peregrino corazón de la ausencia. Late con una arritmia galopante. Ausencia quiere decir olvido pero yo digo que no es verdad.

Llorando lágrimas negras espero el ascensor. En el piso 164 se abre. Está repleto de selenitas en uniformes de mercenarios. Las mujeres tienen los rostros enmascarados con la idea de alcanzar el camuflaje total. Tararean un himno. Corro intentando escapar al bombardeo aéreo. Es el tenebroso Saturno que me vengará de todos los traidores del signo de Aries. Un letrero lumínico brilla encima de la gigantesca columna de Nelson: Socialismo o Muerte.

Zeto no quiere ver más al Dr. Quacker. No le gusta Inglaterra. No quiere comer comida hervida ni seguir economizando. Quiere ganarse la lotería y tirar la casa por la ventana. Zeta no quiere ser curada. Quiere ser vengada. Clavar su zapatilla de ballerina en el corazón de mi psiquiatra. Verlo pidiendo clemencia mientras ella lo seduce con sus dedos de araña.

Soy una víctima del amor. Nada en mí es normal. A los once años me gané mi primer concurso de sueños. Mi amigo Percivalin, que tenía treinta, supo al instante que en mi cabeza todo funcionaba mal. Mi sueño fue censurado como muchos otros que vinieron después. Percivalin tuvo la agudeza de entenderlo a tiempo. Me pidió silencio eterno. Pero yo sabía más de cuatro cosas y me di cuenta de que él era un ladrón de sueños. Las pesadillas le gustaban más.

Supe que trabajaba para la Seguridad del Estado porque lo encontré haciendo la cola del cine Yara vestido de verde olivo y con los grados de primer teniente. Aterrorizada di un alarido: el grito de Yara. Fue el comienzo de la guerra. Él creyó que yo iba a quedar demasiado enferma para poder recordar. Pero yo no olvido. Cuando calienta el sol aquí en la playa.

Creo que estoy a salvo en Inglaterra. Chocando el Lada onírico de mi vida con el timón ubicado a la derecha. Enlatando el guarapo de mi tristeza, alumbrando con cocuyos mi audacia porque sí nos vamos a quedar aquí, si nos quedamos, Coreta Tifón, amárrate los blumers.

¿Quién te crees que eres, Coreta Tifón? ¿De qué lugar desconocido viniste tú, Coreta? Ya El Vedado es uno más de tus espejismos. Has sido expulsada del paraíso. ¿Para dónde vamos a huir ahora? Tus viejos amigos ya no existen. Se descomponen en extraños fulgores. Tú eres una princesa deportada, una mantis pagana, un disparate. Tu vigilia es un atraco ¿Quién caerá en tus trampas? Cállate, Zeta. Si no te callas de una vez, te mato.

Yo sé que a ti en el fondo te gusta que te digan mimi. Que te digan chini. Tú sabes bien que estamos siendo perseguidas por la secta. La secta avanza hacia nosotras, con las manos inclinadas y dobladas como sombras chinescas.

En la palma están los ojos azules, anglosajones que simulan inocencia. La secta quiere transformar mi memoria en cenizas. Mi memoria no tiene morada, mi domicilio debe ser cerrado con laca, mis cartas selladas con la cautela elegante de los duendes. No place to go gritan las vértebras de tus escurridizas alas.

Cuando calienta el sol aquí en la playa. El olor a Celimar me llena de aprensión. Es un olor a pescado, a tortugas que lloran en la arena, a boticas ortopédicas y lazos de bolitas. El Vedado es el colegio, la clínica donde a Roberto le sacaron las amígdalas, la gente vieja y ausente, naranjas peladas en una lunchera de Mickey Mouse y su novia Perlita. Inglaterra es como una garganta sin amígdalas. Dr. Quacker, no puedo volver a Cuba. Está llena de discursos y de mulatos tristísimos. Es una cueva de bisneros, jinetes de un equinoccio apocalíptico.

Dr. Quacker, un coro de voces me grita: «Estás offside», quedas fuera del juego, entraste de contrabando y te columpiaste de costado. Has entrado a formar parte de la contracultura, de los humores embaucadores del miedo.

No me hablen más en inglés. No me llamen Babe. Estoy tan brava que podría vomitar bacterias. ¿Y este viejito qué se cree? ¿Que le cruce la calle? ¿Pero no ve que está a punto de darme una isquemia cerebral? ¿Que lo acompañe hasta el murito? No, no puedo. Búsquese una hermana de la caridad. Lo siento. Que lo parta un rayo.

La noche carnestoléndica me cae encima al duro y sin careta. Soy demasiado habanera para ser londinense. No tengo corazón porque un día me lo arrancaron. Los bueyes no son mansos y mucho menos si los pica una avispa. No coman algas.

Zeto se compró una tumbadora y tiene una ametralladora de verdad, duerme con un cuchillo debajo de la almohada y un machete en el bolsillo. Está muy divertido leyendo varios libros: *La Caza del Zorro*, *El Secuestro del General*, *Radar 59*, *La Noche enemiga*, *Planetícolas*, y la novela de Chandler *Trouble is my Business*. Dr. Quacker, Zeta le está siendo infiel. Le guiña los ojos a los camioneros de Essex y le corre atrás a las mariposas cantando «Butterfly Morning». Cree que está actuando en *La Balada de Cable Hogue*.

Me cuesta mucho trabajo ordenar mi cabeza. Tengo la mollera llena de salitre. Mi vida es un desierto, una luxación. La casa de la socióloga era una caja de caudales. Toqué la puerta de hierro. No me sabía la combinación. Varios números me aterrizaron en la memoria. Pude esperar, sin embargo, a que ella la abriera en persona. Me dijo que me esperaba y que no tardaría en hacerme la autopsia. Su esposo, un escritor chino, agonizaba en un camastro. Musitó unas palabras: Me está gustando mucho el cuento. ¿Cuál cuento? ¿El que escribo? ¿El que deberé escribir para que mis desaparecidos amigos sepan dónde hallarme?

El Dr. Quacker no debe hacerse ilusiones conmigo. Yo jamás lo amaré. Mucho menos quiero dejarlo que me ame. Debo azorarlo, prevenirlo, a mí se me ha congelado la ternura. En mi Siberia no hay deshielo.

Son demasiados los muertos. Esa fiesta del obituario final, esa única gran fiesta, la bailó Nena, mi madre, la niña prodigio que nació en la ciudad de Regla. Pero primero entró al baile papá. La última noche de su vida le dijo a mamá: Deja entrar al gato, está falto de afecto. Mamá dejó entrar al gato, al

perro, al chivo, al cangrejo. Ella se convirtió en la gran orquestadora del conjunto «Su madre el que coge el ritmo». En el centro de la música crecí yo, Coreta la mutante, el fibroma que se convirtió en niña.

Anoche fui introducida a la corte isabelina. Me habían advertido que yo no reunía los requisitos para ser presentada a la reina. Mi pedigrí era pobre. Me puse muy bonita con una peluca de pelos rosados y un vestido color oro. La carroza paró enfrente de la puerta del castillo de Windsor y la voz del lacayo gritó: La señolita Coleta Tifón. Yo hice una pequeña reverencia y me quité la peluca rosada. Corrí loma abajo hacia el mar de corales cantando: Hasta la reina Isabel baila el danzón.

No paré de correr hasta que llegué a Celimar. Unas danzarinas desnudas hacían una presentación especial en honor a mi tía Margot. Mi tía Margot había muerto la noche anterior. Me había dejado un mensaje: No puedo verte mañana porque voy a ver una película de Katherine Hepburn. Sentí una felicidad inmensa al saber que se encontraba en compañía de su actriz favorita. Después de todo, mi tía Margot hubiera dado la vida por ir al cine. Nada mejor que un final feliz.

Las discusiones con Zeta son diarias. Hoy he logrado dormirla con la ingestión de un pomo entero de benadrilina. Hemos terminado no coincidiendo en nada. No sé qué es lo que le está pasando recientemente. Se le ha metido en la cabeza que quiere trabajar haciendo sandwiches en un restaurant portugués. Todo esto es producto de una idea malsana del Dr. Quacker. La terapia laboral. Idea en la que yo no creo ni nunca he creído. Zeta dice que ganaría dos libras por hora. Dice que tiene que ayudar a la gente en Cuba. ¿A quiénes? Todos yacen en el cementerio de Colón a esta altura del campeonato.

Son los mártires de la Revolución. Papá, la Abuela, Nena, la tía Margot. Escapamos con vida mi hermano Esteban y yo, Coreta Tifón. El cerebro de Esteban está en un pomo de disección. Ha sido estudiado por científicos de Nueva Inglaterra. El fondo de la investigación es conocer cómo Esteban se las arregló para vivir en Estados Unidos veinte años sin disparar un chícharo. El resto de su organismo fue vendido por él mismo. Antes de abandonar Cuba negoció también la cripta del cementerio donde quedaba espacio para él y para mí. Su canibalismo mercantil de esencia antropofágica formará parte de la historia del pensamiento cubano.

Todo me está empezando a oler a podrido. Incluso mi propio cuerpo. Es un vaho, un moho que se desprende de mis axilas. Una humedad de musgo, de sombras. Y pensar que aprendí inglés a los cuatro años con una profesora anglosajona llamada Miss Helen Hunger. El flash de la cámara fotográfica me despertó gritando: ¡Soy Coreta! El hombre vestido de detective se escabulló entre los muebles. Llevaba traje y corbata y un sombrero de Humphrey Bogart. Pude contar, mientras dormía, que me tiraba tres fotos. ¿Para qué quieren en su archivo de tinieblas mi rostro nocturno?

El meollo de mi problema es que mi universo afectivo es del tamaño de un frijol negro. ¿Cómo permitirle al Dr. Quacker que se convierta en parte de él? Lo que me hubiera gustado más es permanecer de incógnita en Inglaterra,

como una mujer marcada, como una Bette Davis cubana. Pero tuve que conocer a Quacker. Mi insomnio me obligó a pedirle ayuda.

Si hubiera nacido aquí seguiría, como decía Camus, siendo de izquierda, a pesar de la izquierda y a mi pesar. Pero como nací en la clínica del Sagrado Corazón en El Vedado, lo que soy es un cero a la izquierda. Si hubiera nacido aquí, comería arenques para desayunar y no extrañaría tanto La Habana. Me cago en Dios y en la Virgen Santísima, todo parece irrecuperable. El psiquiatra Vega Vega le explicó a mi madre que yo era genial y fronteriza. Con un coeficiente de inteligencia de 179 y una edad emocional de una niña de siete años. Mi madre no supo qué hacer con su Coreta. Las toneladas de refresco prieto compradas en bolsa negra, los borbotones de felicidad ingeridos en mi infancia de playera al este del paraíso me desquiciaron.

Está lloviendo otra vez. Hay un gordo dentro de un carro Lada parado frente a la casa. Me está haciendo señas para que me monte con él. Pero yo no puedo. Tengo que ir a Mark & Spencer a comprarle a Zeto un pantalón campana. Es el disfraz de la jinetera cubana. Está loco Zeto si cree que yo me voy a poner esto. Me he quedado paralizada del miedo. En uno de los probadores una vieja me mira fijamente. Está en ropa interior, con el maquillaje corrido por toda la cara. Es la Muerte. Es una muerte vernacular, que intenta esconder la celulitis en lycra inglesa. No se parece en nada a los retratos de sí misma. Es obesa e infantil, unas manitas regordetas le cuelgan al lado de los muslos blandos.

Me llama: ¡Coreta! ¿Qué quiere de mí? Que le abroche los ajustadores, por favor, sólo eso por ahora. No puedo, está muy oscuro aquí y no es tu talla. Llame a la asistente. Dice que no habla ni jota de inglés. Lo siento mucho pero yo no soy su traductora, ¿no ve que estoy apurada? No sea indecente y póngase una saya. ¿Que se quiere probar los pantalones campana? ¿Que se siente mal, que está despersonalizada? ¿Que se ha puesto enferma? ¿Que le falta el aire? ¿Que tiene lysofilia, bugambilia, cuatro kenia, filopasta, kerostasia? Eso es nerviosismo, usted lo que está es ansiosa. ¿Que se va a desmayar? ¿Que este país la atemoriza? Usted lo que tiene que hacer es ponerse una dieta. ¿No sabe qué comer? ¿Que la comida está envenenada? ¿Que la acompañe hasta su casa? Pa'su madre, ¿y usted dónde es que vive? ¿Que quiere vivir en Londres para estar cerca de mí? Pero no, por favor, no se me ponga sentimental. Yo la verdad que no la extraño nada. ¿Pero usted a mí sí? Socorro, voy a llamar a una ambulancia, se me ha ido acercando y siento su aliento de violetera. Espéreme un momentico que vuelvo en seguida. Voy a pedir ayuda. Salgo despavorida, a mil revoluciones por minuto. Yo sé que a cualquier parte que vaya ella me va a tener localizada porque la Muerte es cubana.

La Muerte es cubana, la lluvia es inglesa y el verano es una mentira. Muerte, déjame tranquila, dile a tu mamá que te dejé bailando. No me acoses con tus ojillos verde esmeralda desde donde pude ver la isla incurable flotando en una camilla. Ay, Dr. Quacker, Creo que te amo. El problema es que ya es demasiado tarde. La Muerte y el Gordo me están montando a la fuerza en el Lada.